—Padre, ¿las ranas son carne ó son pescado? Porque mi abuela las comió el viernes y está llena de escrúpulos.

—¿Qué nombre le pondremos á lo que ha de venir si sale macho? Pondrémosle Anastasio como Su Reverendísima, en señal de agradecimiento por habernos ayudado á criar al mayorcito.

—Ya están compradas las dos velas para la Virgen de la Buena Dicha, y aquí Ramona las está adornando con flores y lentejuelas.

—Viva cientos de miles de años su magnitud sapientísima y empingorotadísima para alivio de estos pobres á quienes socorre.

Y así continuaban hasta que el Padre salía á la calle. No: no ha existido hombre más popular que el Padre Salmón. Casi, casi estoy por asegurar que su popularidad excedió dos dedos y aún tres á la de Fernando VII. ¡Desventurado Salmón! ¡Oh, tú, varón felicísimo, harto de lisonjas, de regalos y de bienestar; oh, tú, teólogo de tumba y hachero, predicador burdo y de cuatro suelas, fraile mercenario que si no redimiste ningún cautivo, tampoco hiciste daño á nadie; oh, tú, hombre dichoso sobre todos los dichosos de la tierra, pues no cavilaste jamás ni te apasionaste, ni aborreciste, ni padeciste mal alguno en muchos años, ni viste turbada tu apacible existencia: ¡quién te había de decir entonces que aquel mismo pueblo tan solícito en victorearte, en regalarte, en aplaudirte, en venerarte y adorarte como á persona divina, te había de

coser á puñaladas veintiséis años después en la enfermería de tu santa casa, y cuando ya viejo, enfermo, inválido y sin alientos, no pensabas más que en Dios! ¡Quién te había de decir que aquel mismo pueblo de quien fuiste ídolo, te había de echar al cuello un cordel de cáñamo para arrastrarte por los profanados claustros, sirviendo tu antes regalado cuerpo de horrible trofeo á indecentes mujerzuelas! ¡Ay, lo que es el mundo y qué cosas tan atroces ofrece la historia! Y así es bien que digas: si buen chocolate sorbí, buenos palos me dieron; si buenos abrazos, y agasajos, y besos de correa recibí, con buen pie de puñaladas se lo cobraron.

V

Pero como nada de esto viene ahora al caso, voy á dar cuenta del asombro que me causó la conversación que inmediatamente después de su salida tuve con aquel popularísimo fraile; y lo ocurrido fué que, apoyándose en mi brazo para descargar sobre él parte del peso de su bien aprovechada humanidad, me dijo:

—Gabriel, ó mejor, Sr. D. Gabriel, pues á todo un Pico de la Mirandola se le debe tratar con miramiento: has de saber que necesito que me informes detenidamente de la vida de ese D. Diego de Rumblar, en cuya compañía te he visto varias veces. Tú dirás que qué me importa á mí si el tal niño canta ó llora; pero á esto te respondo que no soy yo quien tiene

interés en saber sus malas mañas, sino una elevadísima familia, cuya casa frecuenta mi inutilidad las más de las tardes. Como Don Diego está para casar con la niña, las señoras que ya barruntan la mala vida que lleva el rapaz en Madrid, están muy disgustadas. Ayer, cuando afirmé que le había visto en esta casa, me dijo la señora Condesa: «Por Dios, Padre Salmón, haga usted el favor de averiguar con qué hombres se junta, á qué sitios va, en qué gasta su dinero, porque si es cierto lo que sospechamos, antes se hundirá el cielo que entre él en nuestra familia.»

—Pues el señor Conde—le respondí,—es un poco calavera. Cosas de la juventud... Yo creo que se enmendará.

—Se enmendará. Luego es malo. Bien, Gabriel. Has dicho lo que necesitaba saber. ¿A dónde va por las noches? ¿Con quién se junta?

—Todo lo sé perfectamente—respondí,—y no da un paso sin que yo me entere de ello.

—¿De modo que podré satisfacer á la señora Condesa? ¡Oh! Bendito seas, que me proporcionas la ocasión de corresponder á las grandes finezas de la dama más hermosa de España, al menos según mi indocto parecer en asunto de mujeres. Mañana tengo que ir á su casa, porque has de saber que la señora Condesa es la que ha formado la *Congregación de lavado y cosido.*

—¿Y qué es eso?

—Una Junta de señoras de la nobleza para lavar y coser la ropa de los soldados en estas críticas circunstancias. Y no creas que es cosa

de engañifa, sino que ellas mismas, con sus divinas manos, lavan y cosen. También pertenece la señora Condesa á la Junta de las *Buenas patricias,* en que hay damas de todas categorías, desde la duquesa á la escofietera. Pero esto no hace al caso, sino que mañana tengo que ir allá y les diré todo lo que tú me confíes. Aunque ahora se me ocurre que más fácil y expedito será cogerte por la mano y plantarte en presencia de tan alta señora para que por tí mismo y con tus buenas explicaderas, le des cuenta y razón de lo que deseas saber.

—Padre, no sé si estará bien que yo vaya á esa casa,—dije tratando de disimular la alegría que el anuncio de la visita me causara.

—Yendo conmigo, no tengas cuidado. Además, has de saber que la señora Condesa es una persona ilustradísima, y que entiende de poesía y letras humanas; de modo que al saber tus conocimientos en la lengua latina, es seguro que te recibirá bien, y aun espero que te proporcione una buena colocación.

—Eso será lo de menos, con tal que yo consiga prestar á tan buena señora el servicio que desea. Y dígame, Padre, ¿conoce Su Reverencia, por ventura, á la que va á ser mujer de D. Diego?

—¡Que si la conozco! Como que soy su amigo y su confidente, y desde que entro en la casa viene á mí saltando y brincando, y todo el día está «Padre Salmón por aquí, Padre Salmón por acullá.»

—¿Y es Vuestra Paternidad su confesor?

—Eso no, que lo es mi compañero y amigo

el Padre Castillo, el cual va también todas las tardes á la casa.

—Y ella estará tan enamorada de D. Diego que beberá los vientos por él.

—Me figuro que no le puede ver ni en pintura. Es opinión general en la casa que la niña tiene puesto el pensamiento y el corazón en otra persona; pero aunque se vuelven locos, no ha sido posible dar con ella. El señor Marqués y su hermana no piensan más que en averiguar quién podrá ser ese desconocido zascandil que ha trastornado el seso á la más discreta y bella muchacha que ha peinado azabaches y llorado perlas en el mundo; y todo se vuelve averiguaciones y acechos, y observa por aquí y husmea por allí. La Condesa no se afana tanto y suele decir: «Eso se la pasará;» pero yo conozco que no las tiene todas consigo. He aquí la causa de que hayan querido apresurar el casamiento; pero aquí viene lo de que Rumblarito es un perdido y un mala cabeza, y todo proyecto se desbarata, y allá va el estira y afloja de las consultas: «¿Padre, qué haremos? ¿Padre, qué no haremos?» A cuyo apremiante cuestionar les contesto: «Calma, señoras mías, calma, que á mucha prisa gran vagar. Que mi estrella querida Doña Inés es el *super omnia* de la virtud, de la buena crianza, del recato, de la modestia, no queda duda alguna, y capaz soy de decirlo en el púlpito si me pinchan tanto así. Al mismo tiempo, tampoco puede dudarse que algo le hace cosquillas en su pensamiento, que algo como triste recuerdo ó vago deseo la trae á mal traer, porque ¿cómo

se explica aquel no hablar en dos días, aquel suspirar tan tierno, con la añadidura de mirar al suelo en ademán cogitabundo, sin que razones ni halagos, ni aun mis chistes escogidos, ni mis cuentos entresacados del *Tesoro de los dichos agudos* la hagan pestañear?» Y oyendo estas prudentes razones, la Marquesa se entristece, y me vuelve á consultar, y aquí viene lo de: «Averígüelo el reverendo Salmón, que como tiene tanto arte para el confesonario y es el mayor sacador de pecados que hemos conocido, sabrá explorarla.» Entonces el Marqués añade: «Si por artes del demonio esa muchacha durante el tiempo en que vivió lejos de nosotros tuvo el mal gusto de enamoriscarse de algún cabrahigo de esas calles, ¿cómo es posible que en su nueva posición no le haya olvidado?» Y yo, lleno de celo por el reposo de tan ilustre familia, llamo á la niña, me la llevo á un rinconcito de la casa ó á uno de los cenadores del jardín, y le tomo una mano, y se la acaricio, ó le cuento dos cuentos, le digo tres gracias y le doy una flor, y echando á correr con éstas mis pesadas piernazas, le digo: «A que no me cogéis,» y ella vuela y me agarra del hábito á los tres pasos, y con estos juegos preparo su ánimo para la confesión de amigo, no de sacerdote, que de ella espero. Sentados otra vez, le digo: «Niñita mía, flor de esta casa, retoñito temprano, fresa de Abril, ¿queréis decirme cuál es la causa de esa melancolía? Vamos á ver, acá para entre los dos, pues esto no ha de salir de mí. Antes de que vuestro papá os recogiera, ¿amásteis á alguien?»

Y al oir esto, los ojos se le llenan de lágrimas, echa á correr, la sigo y al poco trecho la veo parada, mirando al suelo y mordiendo la punta del pañuelo. Vuelvo á mis preguntas y nada saco en limpio, lo cual me desespera. Entonces la Marquesa y su hermano me preguntan si creo conveniente que se rompa el trato hecho con la familia de D. Diego, á lo cual les contesto: «Calma, señores: indagaremos primero si es cierto lo que del mozalbete se cuenta. Yo me encargo de hacer diligencias, pues varias veces le he visto entrar en cierta casa que frecuento, y conozco un joven que á menudo le acompaña.» Nada, hijo mío, lo dicho, dicho. Mañana vas allá y les cuentas todo lo que sabes *et quibusdam alliis*, con lo cual mi encargo queda hecho y el Rumblar desmascarado.

Gran sorpresa me causó la relación del venerable mercenario, y cuando me separé de él prometiéndole ir en su compañía al siguiente día, quedéme pensando en las extrañas cosas que había oído, y muy dudoso acerca de si había obrado cuerdamente al comprometerme en tan arriesgada visita. Pero debo explicar las causas de mis dudas, así como el estado de mi ánimo por aquellos días, pues algo hay que mis lectores no deben ignorar, aunque les sean indiferentes las desdichas de éste su humilde servidor. El palacio de mi señora la Condesa (y debo advertir que á la sazón vivían todos reunidos en el de la Cuesta de la Vega). era un asilo infranqueable para mí. Desde mi vuelta de Andalucía, ni por el pensamiento me

pasó el poner allí los pies, teniendo como tenía la seguridad de una expulsión ignominiosa cual la de Córdoba. Entrar valiéndome de la astucia, habría sido, si posible, infructuoso, pues la supercheria ó ficción de que me valiera, no podrían durar sino hasta que la señora Amaranta me viese el rostro. Frecuentemente iba á pasear de noche por los callejones que rodean el palacio, y allá en lo alto del muro, la claridad de una ventana atraía mis miradas. Falto de la imagen de su persona, aquel cuadro de débil luz se me representaba como ella misma. Largas horas pasaba allí sin más compañía que la imagen de piedra de María Santísima de la Almudena, con quien en mi soledad entablaba místicos diálogos. Alumbrábame con sus dos faroles y me miraba compasiva. Una noche, tanto miré al palacio frontero á la Virgen, y con tanto arrobo contemplaba aquella ventana, que me entraron tentaciones de dar á conocer mi presencia al habitante del caserón que con semejante luz se alumbraba, habitante que, según mi capricho, era Inés y no otro alguno. Resolvíme á ello, y tomando una chinita la arrojé contra los cristales: al poco rato se dibujó en ellos una sombra; pero ésta y la luz desaparecieron pronto. Repetí el disparo á la noche siguiente, y catad la sombra otra vez. Pero cuando esperaba ver abierta la ventana y oir una voz querida ceceando dulces y temblorosas sílabas en el silencio de la noche, apareciose en el fondo del callejón, y como saliendo de las cocheras del palacio, un grupo de hombres en

actitud hostil contra mi persona. Me puse en cobro á toda prisa, y no volví más.

Pasó Agosto, pasaron también Septiembre y Octubre, y aquellos noventa días, depositándose unos tras otros como noventa capas de tierra en el hoyo de mi existencia, iban sepultando ilusiones, alegrías, sueños, porvenir. De improviso, la diferencia de jerarquía social había puesto entre Inés y yo murallas inexpugnables, y para romper su jaula no bastaban mis fuerzas, pues no era la nueva como aquélla de los Requejos, hecha de frágiles cañas y alambres, sino de fuertísimos barrotes, más que el diamante duros.

Entonces comprendí claramente que yo no era nada, ni valía en el mundo más que un grano de anís, y esta consideración, irritándome en sumo grado, me infundía el mayor desprecio hacia mí mismo. ¿Por qué he nacido como he nacido? me preguntaba; y según es fácil comprender, no podía acertar con la contestación.

Y después decía: el espesor y fortaleza de estas paredes son tales, que si toda mi vida la empleara en hacerme más sabio que Séneca, más valiente que el Cid y más rico que los Fúcares, aun así no podría romperlas. Sin embargo, tal rumbo pueden llevar las cosas, que venga un día en que á los Fúcares no se les pida su ejecutoria para emparentar con la nobleza. Pero vamos á ver, ¿cómo me las compondré para llegar á ser rico? ¡Oh, miserable de mí! ¿Rico quien nada tiene? Es evidente que no se pueden ganar dos sin tener uno...

Pues estudiaré hasta que pierda el seso, por ver si me hago sabio... ó entraré formalmente en el ejército, por ver si de soldado raso llego á general en estos revueltos tiempos...

Y considerando esto, me golpeaba el cráneo, castigándole por su estupidez y su tardanza en dar á luz felices pensamientos. Entre tanto, la idea de la imposibilidad de mi dicha, de lo inútil de mis esfuerzos, y de la inconmensurable pequeñez á que estaba reducido, iba labrando en mi alma con tanta tenacidad, que bien pronto aquel laborioso gusanito me minó de parte á parte, me socavó, llenó de agujeros los fundamentos de mi entusiasmo y fe poderosa, y... ¡misericordia! todo yo caí al suelo.

Las dificultades insuperables, la imposibilidad evidente de destruir, con el solo auxilio de mis dedos, aquella montaña que Dios había puesto en mi camino, me rendían de tal suerte, que me crucé de brazos, hallándome incapaz para todo. Y desde la inmensa profundidad donde me encontraba, decía, mirando el pedacito de cielo que difícilmente percibía encima de mí:—¡Oh, cielo! ¡Cuán lejos te veo, y qué bajo estoy, después que creí tocarte con mi mano! Pero, pues Dios ha dispuesto mi caída, renuncio por ahora á estar cerca de tí, y me arrastraré por estos obscuros fondajes, buscando un pedazo de pan que comer, sin más objeto ni aspiración que dar á la bestia de mi despreciable persona el forraje que diariamente necesita.

Así dije; mas no recuerdo si empleé las mismas palabras.

¿Qué es el hombre sin ideal? Nada, absolutamente nada: cosa viva entregada á las eventualidades de los seres extraños, y de que todo depende, menos de sí misma; existencia que, como el vegetal, no puede escoger en la extensión de lo creado el lugar que más le gusta, y ha de vivir donde la casualidad quiso que brotara, sin iniciativa, sin movimiento, sin deseo ni temor de ir á alguna parte; ser ignorante de todos los caminos que llevan á mejor paraje, y para quien son iguales todos los días, y lo mismo el ayer que el mañana. El hombre sin ideal es como el mendigo cojo que, puesto en medio del camino, implora un día y otro la limosna del pasajero. Todos pasan, unos alegres, otros tristes, éstos despacio, aquéllos velozmente, y él, sin aspirar á seguirlos, ocúpase tan sólo del cuarto que le niegan ó del desprecio que le dan. Todos van y vienen, cuál para arriba, cuál para abajo, y él se queda siempre, pues ni tiene piernas para andar, ni tampoco deseos de ir más lejos. Es, pues, la vida un camino por donde mucha y diversa gente transita, y sobre cuyos arrecifes y descansos se encuentran también muchos que no andan: éstos, según mi entender, son los que no tienen ideal alguno en la tierra, así como aquéllos son los que lo tienen, y van tras él aprisa ó con calma, aunque los más, antes de llegar, suelen hacer alto en la posada de la muerte, donde por lo pronto se acaban los viajes en este camino.

Pues bien: en aquellos tres meses yo lo había perdido todo, y me encontraba tullido y

con muletas en mitad del camino. La meditación, la razón, la evidencia que tenía delante, mil poderosos estímulos, me llevaron al siguiente resultado: renunciar completamente á Inés, si no en mi corazón, en lo real de la vida. Era lo justo, lo lógico, lo natural.

Y con esto queda dicho todo lo necesario para que se comprenda la impresión vivísima que experimenté cuando el Padre Salmón quiso tan impensadamente y por tan raros caminos llevarme en presencia de la Condesa.

—Iré, y sea lo que Dios quiera—dije para mí, ocupándome en arreglar el vestido que en tan solemne ocasión debía llevar sobre mi cuerpo. ¡Oh, infeliz de mí! Era el mes de Noviembre, y no tenía más traje decente que uno de verano, sutilísimo, á quien cuidaba más que si fuera las telas de mi corazón, y me lo puse, con peligro de perecer helado, que á tales desperfectos están expuestos los pobres. Aquello, á más de incómodo, era ridículo; así es que al acostarme pedí fervorosamente á Dios y á los santos que aclararan el día siguiente, haciéndolo como los de Mayo, templado y hermoso; pero los de arriba no me oyeron, ó sin duda juzgaron más atendibles las razones de los labradores, que pedían agua y más agua.

Tomando algunas cosas que indispensables creía para la visita, salí á la calle tiritando, encogido, hecho un ovillo y resguardando de los canalones la limpieza de mi ropa; pero aun así no pude salvar sino una pequeña parte de mi persona. Al fin, aprovechando los claros y alguno que otro descanso de las llove-

doras nubes, después de hacer varias paradas y estaciones en los portales, llegué al convento, y juntándome con Salmón, él muy festivo y yo más serio y pálido que si me llevaran á ajusticiar, nos dirigimos al palacio de Amaranta.

Entramos primero en una habitación lujosísima del piso bajo, donde encontramos al señor diplomático en poder de su peluquero, que le arreglaba la cabeza con tenacillas, untos y menjurjes. Estaba el buen Marqués en traje ligero y abigarrado, que daba risa, y oía con mucha seriedad los donaires y chascarrillos del maestro, que era un redomado tunante. No me reconoció Su Excelencia. Acercósele el fraile: hablaron aparte cosas que no entendí, y después nos mandó subir, diciendo que arriba estaba Amaranta con el Padre Castillo, revolviendo unos libros que le habían traído. Subimos, pues, y sin tardanza nos introdujo un paje. Al punto en que Amaranta se fijó en mí, púsose pálida y ceñuda, demostrando la cólera que el verme allí le causaba. Pero como hábil cortesana, la disimuló al instante y recibió á Salmón con bondad, ordenándome á mí que me sentase junto á la gran copa de azófar que en mitad de la sala había, de lo cual colijo que ella debió de comprender el intenso frío que, á causa del rigor de la estación y de la diafanidad de mis veraniegas ropas, me mortificaba.

VI

—Este muchacho—dijo Salmón,—enterará á usía de aquello que deseaba averiguar, pues todo lo sabe de la cruz á la fecha; y al mismo tiempo tengo el honor de decir á usía que aquí tenemos un portento de precocidad, un gran latino, señora, autor de cierto inédito poema, por quien S. A. el Príncipe de la Paz le destinaba á la Secretaría de la Interpretación de lenguas.

El Padre Castillo volvióse á mí y dijo con afabilidad:

—En efecto, ayer nos habló de usted el licenciado Lobo. ¿Y en qué aulas ha estudiado usted? ¿Querrá leernos algo de ese famoso poema?

Yo le contesté que lo de mi ciencia latina era una equivocación, y que el licenciado Lobo me daba aquella fama usurpándola á otro.

—¡Oh, no!... que también, si no recuerdo mal, nos dijo que en usted la modestia es tanta como el talento, y que siempre que se le habla de estas cosas lo niega. Bien está la modestia en los jóvenes; mas no en tanto grado que obscurezca el mérito verdadero.

Amaranta no dijo nada. El Padre Castillo pasaba revista á varios libros, en montón reunidos sobre la mesa, y los iba examinando uno por uno para dar su parecer, que era, como á continuación verá el lector, muy discreto. Hombre erudito, culto, ilustrado, de mo-

dales finos, de figura agradable y pequeña, de ideas templadas y tolerantes, que le hacían un poco raro y hasta exótico en su patria y tiempo, Fray Francisco Juan Nepomuceno de la Concepción, en los estrados conocido por el Padre Castillo, se diferenciaba de su cofrade, el Padre Salmón, en muchísimas cosas que al punto se comprenderán.

—Estos son los libros y papeles que han salido en los tres últimos meses—dijo Amaranta.—Buena remesa me han mandado hoy Doblado y Pérez, mis dos libreros; pero no me pesa, pues entre tantas obras malas y de circunstancias como aparecen en estos revueltos días, alguna habrá buena, y hasta las impertinentes y ridículas tienen su mérito para ilustrar la historia de los actuales en los venideros tiempos.

—Así es—indicó el Padre Castillo.—No hay obra, por mala que sea, que no contenga algo bueno, y hace bien vuestra grandeza en comprarlas todas.

—He leído un poco de este voluminoso papel—dijo Amaranta tomando un folleto que parecía recién salido de la imprenta,—y me ha causado mucha risa. El título es de los de legua y media. Dice así: *Manifiesto de los íntimos afectos de dolor, amor y ternura del augusto combatido corazón de nuestro invicto monarca Fernando VII, exhalados por triste desahogo en el seno de su estimado maestro y confesor D. Juan Escóiquiz, quien por estrecho encargo de S. M. lo comunica á la nación en un discurso.*

—Pues aquí veo otro—dijo Castillo hojeán-

dole,—que si no es del mismo autor, lo parece. Se titula *La inocencia perseguida ó las desgracias de Fernando VII: poesía.* Verdad que está en verso, y ahora es moda tratar en metro las cuestiones serias, aun aquéllas más extrañas al arte de la poesía, como, por ejemplo, este papel que ahora me viene á las manos y se llama *Explicación del capítulo IX del Apocalipsis, aplicado según su sentido literal al extraordinario acontecimiento de la pérfida irrupción de España: oda por un capellán.*

—Y ha de saber Vuestra Reverencia que también nuestro prisionero monarca da en la flor de hablar en verso—dijo Amaranta con sorna,—pues aquí tengo la *Epístola férvida que nuestro amado soberano el Sr. D. Fernando VII dirige á sus queridos vasallos desde su prisión: pieza patética, tierna y de locución majestuosa.*

—Pues ¿y qué me dice la señora Condesa de este otro librito que ahora me cae en las manos, y lleva por nombre *La Corte de las tres nobles artes, ideada para el inocente Fernando VII: anacreónticas?* Y la primera de estas anacreónticas se encabeza así: *Reglas que contribuyen á que un pueblo sea sano y hermoso.* Por mi hábito de la Merced, que no entiendo esto del pueblo *sano y hermoso*, que se ha de conseguir por la Corte de las tres nobles artes, y ha de exponerse en anacreónticas. Con permiso de vuecencia me lo llevaré al convento para leerlo esta noche.

—Lleve también Su Paternidad este papel suelto que dice: *Lágrimas de un sacerdote, en dos octavas acrósticas.*

—Esto de los acrósticos y pentacrósticos, es juego del ingenio, indigno de verdaderos poetas—dijo Castillo,—y más aún de un sacerdote, cuyo entendimiento parecería mejor consagrado á graves empleos. Pero démelo acá usía, que me lo llevaré, juntamente con este sermón que se titula *Bonaparciana ú oración, que á semejanza de las de Cicerón, escribió contra Bonaparte un capellán celoso de su patria.* Y en verdad que no anduvo modesto el tal capellancito comparándose con Cicerón; pero en fin, eso me prueba qué tal será la dichosa Bonaparciana.

—Por Dios, señora Condesa—dijo á esta sazón el Padre José Anastasio de la Madre de Dios.—Ruego á vuecencia que me deje llevar al convento para leerlo esta noche, este otro graciosísimo libro que se titula: *Las Pampiroladas, letrillas en que un compadre manifiesta á su comadre que en las circunstancias actuales no debe temer á la fantasma que aterraba á todo el mundo.* ¡Qué obra más salada! Si no queda cosa que no se les ocurre...

—También puede llevarse, pues viene muy bien al ingenio y buen humor de Su Paternidad—agregó Castillo,—este otro que aquí veo, y es *Deprecación de Lucifer á su Criador contra el tirano Napoleón y sus secuaces, asustado de ver entrar tantos malvados franceses en el infierno.* ¡Hola, hola! también está en octavas. Serán mejores que las de Juan Rufo, Ercilla y Ojeda.

—¡Oh! Este sí que es bueno. ¡Válgame nuestra santa Patrona!—exclamó Salmón.—Oigan-

me: *Seguidillas para cantar las muy leales y arrogantes mozas del Barquillo, Maravillas y Avapiés, el día de la proclamación de nuestro muy amado Rey.* ¿Me las llevo, señora Condesa?

—Sí, Padre; ya que está por seguidillas, aquí veo otras que le parecerán muy buenas. *Seguidillas que cantó el famoso Diego López de la Membrilla, jefe de la Mancha, después que consiguió las gloriosas victorias contra los franceses.*

—El pueblo español—declaró Castillo,—es de todos los que llenan la tierra el más inclinado á hacer chacota y burla de los asuntos serios. Ni el peligro le arredra, ni los padecimientos le quitan su buen humor; así vemos que rodeados de guerras, muertes, miseria y exterminio, se entretiene en componer cantares, creyendo no ofender menos á sus enemigos con las sátiras punzantes que con las cortadoras espadas. ¿Y qué me dicen usías de este *Asalto terrible que dieron los ratones á la galleta de los franceses, poema en dos cantos?* ¿Que de este *Elogio del Sr. D. Napoleón, por un artífice de telescopios?* ¿Qué de esta *Gaceta del infierno, ó sea Noticia de los nuevos amores de la Pepa Tudó con Napoleón, y celos de Josefina?*

—Esas son groserías de vulgares é indecentes escritores—afirmó con enfado Amaranta, —pues todo el mundo sabe que ni la Tudó ha tenido amores con Bonaparte, ni éste ha hecho nada que menoscabe su fama de hombre de buenas costumbres.

—Cierto es—dijo Castillo;—pero si usía me lo permite, le haré una observación, y es que

el pueblo no entiende de esas metafísicas, y al verse engañado y oprimido por un tirano y bárbaro intruso, no debemos extrañar que le ridiculice y aun le injurie. El pueblo es ignorante, y en vano se le exige una decencia y compostura que no puede tener, razón por la cual yo me inclino á perdonarle estas chocarrerías si conserva la dignidad de su alma, donde el grande sentimiento de la patria como que disimula y obscurece los rencorcillos pequeños y vituperables.

—No me defienda usted tales chocarrerías, Padre—repuso Amaranta.—¿Tiene perdón de Dios este otro impreso que ahora leo? Oiga usted el título: *Lo que pueden cuatro borrachos, ó sea despique al vil dictado con que se han querido obscurecer los honrados procedimientos de un pueblo fiel á su Religión, Rey y Patria.*

—La obra—dijo riendo el fraile,—tiene traza de no ser un segundo *Don Quijote* ni mucho menos; pero en su mismo título hallará vuecencia la explicación del llamar *borrachos* á los Bonapartes, dictado que tanto repugna á mi señora Condesa. Cierto que los Bonapartes no son borrachos, y harto sabemos que el pobre Rey José ni por pienso lo bebía; pero el pueblo no lo entiende así, del mismo modo que jamás dejó de llamarle *tuerto*, aunque harto bien pudo reparar la hermosura de sus dos ojos. El pueblo le llamó borracho y tuerto, sin motivo, es cierto; pero ¿tienen razón los franceces en llamar *insurgentes, bandidos y ladrones de caminos* á los héroes que en los campos de

batalla defienden generosamente la independencia patria?

—Convengo en ello—contestó Amaranta; —pero la cosa más justa si se hace con malas formas, parece como que se deslustra y encanalla. Vea usted. Para hacer una pintura de las calamidades ocasionadas por la guerra, no era preciso que el autor de este papel lo titulara *Inventario de los robos hechos por los franceses en los países donde han invadido sus ejércitos.*

—Señora, concedo que al autor se le ha ido un tanto la mano en la forma—dijo Castillo; —pero por lo poco que de este libro he leído, me parece que dice verdades como el puño.

—¡Y tan como el puño!—exclamó Salmón alzando los ojos de un libelo cuyas páginas á la ligera recorría.—Pues lo que es éste que al azar ha caído en mis manos, tiene unas explicaderas...

—¿Cuál?

—Es de lo más gracioso y bien parlado que imaginarse puede. Su anónimo autor lo titula *Carta primera de un vecino de Madrid á un su amigo, en que le cuenta lo ocurrido después de la prisión del execrable Godoy hasta la vergonzosa fuga del tío Copas.* La agudeza de los dichos, la oportunidad de los chistes, apodos y chanzonetas es tal, que harían reir á la misma seriedad.

—¡Bonito modo de escribir la historia! Y ese palurdo vecino de Madrid, que sin duda será algún sacristán rapavelas ó bodegonero del Rastro, ¿qué entiende de execrables Godoyes ni otras zarandajas?

—¿Pues no ha de entender, señora?—dijo el Padre Castillo.—A veces en personas rudas y zafias se ve mejor sentido y criterio de las cosas que en las ilustradas, quizás por su misma ilustración desvanecidas. Lo que les falta es el decoro en la forma. Oiga mi señora Condesa una observación que quiero hacerle. Entre esta multitud de papeles, que los libreros de Madrid le envían para que coleccione todo lo publicado, hay tal balumba de despropósitos y estolideces, que sería más necio y simple que sus autores el que dejara de reconocerlo así. Pero en medio de tanta faramalla, encuentro algunos productos del ingenio que suspenden, cautivan y enamoran, por ser fruto espontáneo de la mente popular, como lo son las heróicas acciones que desde el principio de la guerra estamos presenciando. Vea vuecencia: aquí hay una *Convocatoria que á todos los pastores de España dirige un mayoral de la sierra de Soria para la formación de compañías de honderos*. Este es un hombre ignorante, cuya actividad é interés por la patria no puede menos de elogiarse. También merece encomios lo que ha escrito esta Doña María Piquer y Pravia, con el título de *¿Qué es héroe? Exhortación á los jóvenes españoles*, pues todo lo que tienda á encender los alientos de la juventud en las actuales circunstancias, es digno de aplauso. No le negaré tampoco los míos á estos *Cargos que hace el tribunal de la razón de España al Emperador de los franceses*, porque los tales cargos están hechos con mesura; ni tampoco á este *Engaño de Napoleón descubierto y castigado, obra en que se manifiesta con la mayor claridad la infidelidad del Emperador en sus convenios con España*, porque todo cuanto se diga acerca de la manera desleal y traidora con que nos declararon la guerra, me sabe siempre á poco. No seré tan benévolo con esta *Carta del licenciado Siempre y Quando al Doctor Mayo de* 1808, porque me repugnan las formas chocarreras en formales asuntos, ni daré dos higos por esta *Alegoría poética que descubre las iniquidades del más perjudicial y maligno hipócrita del mundo, Bonaparte*, porque ya dije que este afán de tratar en malos versos lo que está pidiendo á gritos clara y valiente prosa, me indigna y pone fuera de mí.

VII

—Gracias á Dios—dijo entonces Amaranta, —que encuentro entre esta garrulería una obra de reconocida utilidad durante los tiempos de guerra. Vea Su Reverencia: *Arte universal de la guerra del Príncipe Raimundo de Montecuculi*.

—En efecto, señora: yo daría un par de abrazos y otros tantos apretones de manos á Quiroga y Burguillos, que son impresores y editores de esta gran obra. Y aquí veo otra, á cuyo autor le pondría yo en los cuernos de la luna, pues no conozco hoy por hoy tarea más meritoria que escribir un *Prontuario en que se*